

Sobre la enseñanza de la filología española

NUESTRO siglo ha presenciado una profunda crisis en los estudios de filología. Dentro del campo románico, los recios alda-
bonazos de Vossler, en 1904 (1), son, en realidad, el comienzo del nuevo período, que se caracteriza por una profunda insatisfacción respecto a los resultados de la soberbia construcción positivista, estructurada y perfeccionada a lo largo del siglo XIX. Cuando, con los neogramáticos, el edificio parece que estaba coronado, precisamente entonces, la juvenil argumentación vossleriana hace ver al mundo cuánta imperfección había en las, al parecer, irreprochables soldaduras del sistema, y, lo que es peor aún, que el sublime bulto no era más que un andamiaje sin torre, una jaula sin pájaro.

Habían venido nuevas ondas, de la parte de la filosofía. Al crecimiento de la filología, subproducto romántico, había acompañado luego el seguro desarrollo de las ciencias físico-naturales. Llega un momento en que se produce un contacto entre ambos tipos de ciencia, y el contacto se resuelve en querer aplicar a las ciencias culturales métodos y leyes semejantes a los de las ciencias de la naturaleza. Esto es lo que en filología representa, de un modo imperfecto, Schleicher, y un perfeccionamiento de ello son las teorías y la práctica de los neogramáticos. Mas apenas estaba este proceso consolidado, cuando, desde el campo de la filosofía, llega una reacción, que se puede resumir en los nombres de Dilthey, Windelband y Rickert. Prescindiendo de lo que les diferencia, los tres defienden una separación entre ciencias naturales y ciencias del espíritu o culturales:

(1) *Positivismus und Idealismus in der Sprachwissenschaft. Eine sprachphilosophische Untersuchung*, Heidelberg, 1904.

a éstas no pueden ser aplicables los métodos ni el tipo de leyes de aquéllas. Ahora bien, el famoso folletito de Vossler, *Positivismus und Idealismus...*, enraizado, por una parte, en el pensamiento de Croce, no puede ser ajeno a la citada e importantísima reacción de la filosofía alemana.

No eran, pues, sólo los resultados de la filología positivista lo que se ponía en duda, sino más aún la legitimidad de su punto de partida, de su contenido y de sus fines. Se había atendido a todo lo material, fisiológico y fonético, es decir, externo del lenguaje. Si se había mirado a lo psicológico, era sólo para explicar las aparentes fallas o excepciones del sistema. En general, se había olvidado lo más importante: que el idioma es la expresión de nuestro pensamiento y nuestro sentimiento, una atalaya de señales de nuestra alma. Pero había también mucho peligro de exceso en la nueva crítica (y nunca se insistirá bastante en este riesgo, sobre todo, hablando para apasionados meridionales). El mismo Vossler tuvo buen cuidado de distinguir entre positivismo metodológico y metafísico (2), negando el segundo, pero respetando el primero, que debería ser conservado y continuado. Por desgracia, ha habido quienes no han atendido a la prudente advertencia. No se trataba, pues, de arruinar el andamiaje construído, sino de lo más difícil, de hacer entrar al pájaro en la jaula.

Ha transcurrido casi medio siglo. Y si nos volvemos ahora a los resultados obtenidos, nuestro panorama podrá parecer, a primera vista, desconsolador. Nada semejante a aquella unidad de esfuerzo, a aquella seguridad de jalones con que la filología avanza en el siglo XIX, de Bopp y Diez a Schleicher, y de aquí a los *Junggrammatiker*. Lo que ocurre es que el campo se ha ensanchado enormemente, que los objetos espirituales que tenemos delante son en sí mismos y de un modo incomparable, más complejos e inaprensibles que los de la filología positiva. Las rutas se multiplican hasta el infinito, cada investigador trata de abrirse, entre vetas distintas, su camino propio. Y esta es la gigantesca empresa, en la que no se puede hoy hablar de fracaso, sino, todo lo más, de dispersión e incertidumbre.

Convendría, pues, si queremos atender a las necesidades de la enseñanza en España, considerar, en esta masa confusa, qué direcciones principales se nos ofrecen, y en qué medida son utilizables. Debemos hacer

(2) *Obra cit.*, pgs. 1-5.

antes una aclaración. En ningún país se ha llegado a un deslinde completo entre investigadores y profesores universitarios, aunque tal vez sería útil, pues, con frecuencia, los grandes investigadores son pésimos pedagogos, y viceversa. En España, con escasa densidad de población, y, por tanto, con pocos elementos aprovechables, tal distinción es en absoluto imposible. Por razones análogas, la Universidad española, tiene que atender, sí, a la siembra o distribución homogénea de la cultura superior, para la formación de las capas intelectuales profesionales, pero no puede menos de poner todo su cariño y su fervor en despertar las puras e intensas vocaciones científicas. Sentimos el mayor respeto por el alumno medio, en el que adivinamos un honrado ocupante de un número en futuros escalafones, mas, ¡con qué emoción descubrimos, desde los primeros días de clase, a aquel muchacho, sobre cuya pensativa frente pesa ya el tremendo hado del libérrimo artista o del puro científico! Ellos son «la niña de nuestros ojos», raras plantas que hay que cuidar y fomentar con desvelo: su generoso esfuerzo, distribuido luego por canales, canalillos y tubos capilares, contribuirá a levantar y mejorar el nivel de cultura de nuestro país. En lo que sigue, pues, al hablar de los distintos puntos de vista que la filología actual ofrece, no voy a diferenciar el interés que presentan para la investigación y su posible utilidad en la pedagogía universitaria. Nuestra mirada se dirigirá ya a las dos metas, de consuno, ya a la una, ya a la otra.

LA GEOGRAFÍA LINGÜÍSTICA

Primero, un rebrote de los métodos positivos. No se insiste bastante en el entronque positivo de la geografía lingüística. Nada más evidente. El cruce o confusión de la lingüística con las ciencias físico-naturales se establece aquí de nuevo, de un lado con la geología, de otro, con la patología médica. Gilliéron, que comienza sus más importantes trabajos casi con el nacer de este siglo, pasa de comprobar la sucesión espacial de las diferentes capas idiomáticas superficiales, a su ordenación cronológica por estratos; así se ha dicho que su técnica podría llamarse mejor «geología» que «geografía lingüística». Por otra parte, toda la «patología y terapéutica verbales» de Gilliéron está inicial y constantemente aludiendo a la medicina: las palabras enferman y mueren por depauperación o por plétora, los «mutilados fonéticos» se extinguen, la hipertrofia de sentido (polisemia)

termina por arrumbar los vocablos, pero hay una *vis medicatrix* en el lenguaje que inmediatamente sustituye cualquier miembro inutilizado.

Lamentables hechos recientes nos privan a los españoles, por ahora, de nuestro *Atlas lingüístico*, y, por tanto, en gran medida, de los trabajos en ese sentido. Pero, dejando aparte la construcción de una teoría lingüística, nacida de la utilización de los atlas, éstos han aspirado a ser un archivo, un fiel espejo del estado idiomático de un país en un momento dado. Millardet (3) y otros han señalado los inconvenientes del sistema. Piénsese sólo en la forzosamente escasa densidad de la red de lugares: los vocablos se escapan como ágiles, escurridizos peces, por entre los hilos de la malla. Etc. Y tal crítica podría aún sin exageración intensificarse. La mayor parte de tales inconvenientes se salvan sólo con investigaciones parciales, circunscritas a territorios pequeños. Es lamentable que tales investigaciones, en España, salvo alguna, como la del malogrado Sánchez Sevilla (4), hayan sido preferentemente hechas por extranjeros: Krüger, Fink, Kuhn (5), etc. Pues éstas son precisamente las que, hoy por hoy, están más al alcance de nuestra mano. He aquí una tarea que podría interesar a jóvenes catedráticos de instituto, a algunos maestros y a los mismos estudiantes en período de vacaciones. Sería mejor una completa preparación filológica; pero, en general, no son indispensables profundos conocimientos. Un buen oído y una breve preparación fonética, pueden ya bastar para obtener resultados útiles. Y es necesario el aprendizaje: errar para herrar. ¡Cuántos alicientes para el joven! la aventura, la vida al aire libre, caminos y mesones, sol y naturaleza. Es necesario que la Universidad sepa suscitar estas vocaciones. Por eso querríamos que en los planes de filología española figurara una clase de «Prácticas de recogida de materiales». En ella se podrían fomentar tres tipos de investigación:

(3) *Linguistique et dialectologie romanes. Problèmes et Méthodes*, Montpellier-Paris, 1923, *passim*.

(4) *El habla de Cespedosa de Tormes*, en *Revista de Filología Española*, XV, 1928. El trabajo de Sánchez Sevilla es un estudio completo del lenguaje de dicha localidad, sin omitir el fondo de cultura rural de la misma. He aquí un magnífico ejemplo de lo que, con medios modestos, se podría hacer en numerosas localidades de España.

(5) Krüger, F. *Studien zur Lautgeschichte westspanischer Mundarten auf Grund von Untersuchungen an Ort und Stelle*, Hamburgo, 1914.—Del mismo autor: *El Dialecto de San Ciprián de Sanabria*, Madrid, 1923.—Del mismo autor: *Die Hochpyrenäen, en Volkstum und Kultur der Romanen*, VIII-IX, 1935-36.—Fink, *Studien über die Mundarten der Sierra de Gata*, Hamburgo, 1929.—Kuhn A. *Studien zum Wortschatz von Hocharagon*, en *Zeitschrift für romanische Philologie*, LV.—Bierhenke, W.—*Ländliche Gewerbe der Sierra de Gata*, Hamburgo, 1931.

a) Recogida de materiales fonéticos y de léxico y sintaxis. b) Acopio de materiales en el sentido del movimiento llamado «Wörter und Sachen» (6), para lo que es indispensable la atención a la parte gráfica (fotografía, dibujo esquemático de objetos, etc.). c) Recogida de materiales de folklore literario (y también musical): refranes, canciones, romances.. Puede y debe haber otras instituciones (centros de investigación), que sistematicen y completen tales búsquedas. Estos centros acogerán luego a los que, en definitiva, se sientan verdaderamente llamados a este tipo de trabajo. A la Universidad le corresponde el deber de actuar como primera fomentadora e inicial filtro seleccionador de tales vocaciones. Y es necesario que esto se haga enseguida; cada año que pasa, la fuerza igualatoria de la vida moderna, desgasta y hace desaparecer, para siempre, muchos elementos de nuestra rica vida rural.

LA FONÉTICA

Un punto en donde es imprescindible la continuación y perfeccionamiento de la técnica positiva es en la fonética. La reacción idealista ha solido olvidar demasiado todos los límites fisiológicos que condicionan la palabra, y que ésta, si es vehículo de nuestro espíritu, es también vibración de materia. Tenemos que poner una gran atención en los estudios de fonética, por tres principales causas. En primer lugar —desde el punto de vista universitario—, porque la escasez o carencia total de conocimientos de fonética descriptiva, inutiliza la enseñanza de la evolución histórica de la lengua: el alumno que está en estas condiciones no puede comprender la base fisiológica de la más sencilla alteración de fonemas, y le resulta odiosa y aburrida la retención de tantas y tan complicadas leyes. En segundo término, nos interesa la enseñanza de la fonética descriptiva y experimental en las Facultades de Letras, como medio de fomentar la vocación de futuros investigadores, porque todo lo que decíamos más arriba, para el léxico y folklore, tiene aplicación aquí. Y, en fin, porque el incremento de estos estudios es indispensable, desde un punto de vista social y nacional, sobre todo en un país con regiones bilingües, como es España. Sería menester la más vigilante canalización de los conocimientos de fonética descriptiva. No debe haber ni un sólo catedrático de lengua, ni un solo maestro, que no tenga una formación fonética, por lo menos elemental.

(6) Tal es el título de la revista fundada por Meringer y dedicada al cultivo de esta tendencia: aquí, lingüística e historia de la cultura, están en íntimo y fecundo contacto.

y que no esté percatado de la misión nacional que en este punto le corresponde. Por desgracia, hay que decir que no siempre ocurre así. Recuerdo que, hace ya bastantes años, logró cierto catedrático, en un tribunal de oposiciones, del que formaba parte, que se introdujeran algunas preguntas en el cuestionario, acerca de los deberes del catedrático respecto a la conservación de la unidad y limpieza del idioma español, sobre todo en las regiones bilingües y en las ciudades grandes. Lo logró, pero no sin batalla. Porque alguien, en el tribunal, sostuvo la pintoresca tesis de que los catedráticos y maestros (pagados por el Estado) debían ser ajenos a la labor de mejorar el idioma de los discípulos. Lo que le preocupó más al innovador, no fué esta salida de tono, sino el ver que, en general, la tesis que sustentaba, no interesaba a sus compañeros; y que se condescendía, al fin, con él, como por cortesía se cede ante una chifladura sin importancia. Hay que crear una «conciencia nacional», en lo que se refiere al cuidado de la pronunciación de nuestra lengua (6 bis).

Es menester, pues, una atención constante a los estudios de fonética, y la introducción de la enseñanza experimental en todas las facultades de letras, lo cual lleva anejo, claro está, la creación de los correspondientes laboratorios.

Y, en fin, habría que considerar también los caminos de la caracterización fonológica del español y de sus dialectos, en el sentido del «Círculo lingüístico de Praga» (7), en lo que esta escuela (por otra parte, demasiado ambiciosa) tiene de fecundo y aprovechable.

SAUSSURE Y LA ESCUELA SOCIOLOGICA

Un enorme interés nos ofrecen los resultados de la llamada escuela sociológica. Sus ramificaciones llegan a muchos campos y a tipos muy diversos. De las primeras explicaciones parisienses de Saussure (8), el

(6 bis) Es imprescindible una atención estatal a la pronunciación de los locutores de radio. Para cómo preocupa el problema en Inglaterra, cómo se selecciona la pronunciación correcta y el influjo social que se puede obtener, véase A. Lloyd James, *A recent linguistic experiment en Atti del III Congresso Internazionale dei Linguisti*, Florencia, 1935, págs. 336 y sigs. ¿No sería posible, por lo menos, que ciertos locutores prescindieran de su *b* labiodental, afectación que ya crispaba los nervios a Uppmuno?

(7) Las doctrinas fonológicas aparecen en varios artículos de Trubetzkoy, Karcevsky y otros, en los *Travaux du cercle linguistique de Prague*, desde 1929.

(8) Sobre la escuela de Saussure, véase el artículo de su discípulo Sechehaye, *L'école genevoise de linguistique générale*, en *Indo-germanische Forschungen*, XLIV, 1927. La escuela ginebrina se bifurca, por decirlo así, en los dos discípulos, Bally y Sechehaye; éste estudia el aspecto intelectual del lenguaje; aquél, el afectivo; pero ambos aplican los principios analíticos de Saussure.

entonces genial «comparatista» indoeuropeo, en las cuales se infiltran algunos de sus puntos de vista posteriores, salen discípulos como Meillet (8 bis) y Grammont. De las de Ginebra, que habrían de condensarse en el póstumo *Cours de linguistique générale* (9), investigadores como Bally y Secheyaye. Algunas de las posiciones teóricas del *Cours* no podrían, seguramente, resistir una seria revisión. Pero el interés del libro sigue siendo muy grande, y es lamentable que la enseñanza (hablo en general, no me refiero a España), haya sacado aún tan poco partido de él. Saussure parte de la diferencia entre «lengua» (*langue*) y «habla» (*parole*). Habla es el acto individual de la palabra; lengua, en cambio, es la concreción social de esa facultad, el sistema social de signos que constituye el lenguaje. En el habla, todo es vago e inaprensible; en la lengua, todo es fijo y definido como valor dentro del sistema. El objeto propio de la lingüística sería la lengua, y no el habla. El signo idiomático puede cambiar (evolución fonética o semántica), pero lo interesante para la lingüística, no es la consideración del cambio, sino el valor de cada signo con relación al sistema, en un momento dado. El punto de vista de la lingüística sería, por tanto, la consideración «sincrónica» de la lengua en un estado del sistema, y no el estudio de su evolución «diacrónica» (posición ésta última de la gramática histórica). Ningún hablante percibe la lengua más que como un estado; el lingüista que quiera comprender ese estado, debe prescindir del pasado idiomático, lo mismo que el hablante. Ahora bien, todo en la lengua es relación diferenciativa, y de diferenciación es, por tanto, la relación de cada signo respecto al sistema. Esta diferenciación se produce en dos series de dirección distinta: en sentido temporal, en la línea del discurso (relación sintagmática), por la individualidad de cada término dentro del contexto; y fuera del discurso, en profundidad asociativa, en el cerebro del hablante y del oyente (relaciones asociativas memoriales). Así, tomando un sintagma breve, p. ej. *des-hacer*, de una parte tenemos la relación sintagmática en la línea del discurso, basada en la individualidad diferenciativa de los dos signos (*des* y *hacer*). Pero tal oposición sería im-

(8 bis) Es indudable que en Meillet ha habido un entronque con las doctrinas sociológicas de Durkheim. El posible influjo de Durkheim sobre Saussure ha sido defendido por Doroszewski, pero negado por el mismo Meillet. Véase *Actes du deuxième Congrès International de linguistes*, París, 1933, pág. 146.

(9) Entre Bally y Secheyaye, y en parte Riedlinger, lograron reunir las doctrinas del maestro, utilizando cuantos apuntes y documentos tenían a mano. La 1ª ed. (Lausana-París) es de 1916. 3ª edición, París, 1931.

posible, si no estuviera basada en la acción latente de las fuerzas de la asociación memorial, que no afloran a la línea del discurso. Así, *des* está basado en toda una serie latente (*deslucir, desteñir, descasar, etc.*); y *hacer*, en otra semejante (*hacer, rehacer, contrahacer, etc.*). La simple selección aislativa de un término sintagmático está presidida (por encima y por debajo de las relaciones que se establecen en el sintagma) por series de signos relacionados con dicho término en el sistema de la lengua. Y es sobre estas series sobre las que se basa, de un lado, la diferenciación o individualización del término mismo frente a las series mismas, y, de otro, su individualización frente a los otros términos del sintagma. Saussure, con su diáfana distinción entre lo asociativo y lo sintagmático, nos abrió la puerta de un nuevo análisis lingüístico (10).

Las teorías de Saussure no están exentas de puntos flacos. Un vínculo esencial es en ellas lo insignificativo del hecho diacrónico para la relación sincrónica. Pero Wartburg ha demostrado (11), con ejemplos que ya deben ser clásicos, la interdependencia de lo sincrónico y lo diacrónico en el lenguaje. Claro está que con esto cae por su base la exclusión del dominio de la lingüística del «habla», pues al habla son atribuibles, en último término, todas las mutaciones del sistema (al habla, es decir, a lo creativo idiomático, conceden, casi exclusivamente, su atención otras modernas tendencias lingüísticas). Y resulta de aquí al mismo tiempo, la imposibilidad de separar *a priori* la consideración histórica del lenguaje, de la descriptiva (12).

Pero, en el terreno práctico, el toque de atención de Saussure debe servirnos para hacer un examen de conciencia del abandono pedagógico (o,

(10) He resumido aquí algunos de los principales puntos de vista del *Cours*, utilizando expresiones textuales o casi textuales, del mismo.

(11) *Das Ineinandergreifen von deskriptiver und historischer Sprachwissenschaft*. Berichte über die Verhandlungen der Sächsischen Akademie der Wissenschaften zu Leipzig, 83. Band, 1931. 1. Heft.

(12) El Círculo de Praga, que se basa también en la consideración saussuriana de la «lengua», establece un elemento de unión entre diacronía y sincronía, al dar un sentido teleológico a los cambios fonéticos. «Dondequiera que un proceso destructivo ha tenido lugar, es seguido necesariamente de una reacción activa. Y así como en el ajedrez, la pérdida de una pieza provoca a menudo una serie de desplazamientos por parte del jugador amenazado, para restablecer el equilibrio, así también, en una lengua dada, se tiene necesidad de una serie de innovaciones fonéticas, que tienden a restablecer el sistema fonológico. Existen cambios lingüísticos que, de un modo semejante a los desplazamientos del ajedrez, tienen intención de ejercer una acción sobre el sistema.» (De la *Proposition 22*, presentada conjuntamente por R. Jakobson, Trubetzkoy y Karcevski, al Congreso de lingüistas de La Haya, 1928. *Actes du premier Congrès international de linguistes a La Haye*, 1928, pg. 35.

mejor, antipedagógico) en que tenemos a la lingüística descriptiva. El asombroso crecimiento de la gramática histórica, en el siglo pasado, nos ha hecho prestar toda nuestra atención a este aspecto de la ciencia del lenguaje. Es como si tuviéramos que estudiar un individuo humano, y creyéramos que lo habíamos hecho cuando hubiéramos establecido toda su genealogía. O, con el famoso ejemplo saussuriano del ajedrez, si creyéramos comprender el juego después de haber averiguado su origen, su evolución, los materiales con que ha sido construido en las diferentes épocas. Parece como si no hubiera más posibilidad de acercarse científicamente al lenguaje, que para considerarlo históricamente. Los resultados de esta tendencia han sido fatales en la investigación, y más aún en la enseñanza; el mal afecta también a España, y hondamente. En los estudios universitarios apenas si los de lengua dejan hoy resquicio para lo que no sea «gramática histórica»; el daño ha comenzado también a infiltrarse en la segunda enseñanza. Contra esto es necesario reaccionar enseguida (no para abandonar la gramática histórica; sí para dar su lugar a la descriptiva). Como casi todos los profesores nos sentimos inclinados a tirar por el camino del menor esfuerzo, que es, en este caso, el de la fonética y la morfología históricas, creo que se debería llegar a proponer que en los estudios llamados «comunes», de Filosofía y Letras, los planes de enseñanza puntualizaran que los cursos de lengua se habrían de dar en sentido casi exclusivamente descriptivo, sin aludir a la evolución histórica más que cuando fuera absolutamente indispensable. Claro está que, en los estudios «especiales», a la par de cursos de carácter histórico, deberían continuar los descriptivos del español moderno.

Pero el problema es más grave. ¿Cómo enseñar la gramática descriptiva? (13). Es indudable que las ideas de Saussure nos han abierto una perspectiva nueva, que por ella vislumbramos lo que podría ser una gramática descriptiva del futuro. Pero hay que reconocer enseguida que todavía están muy lejos de poder sustituir a los tradicionales cuadros lógicos (a veces, tan artificiales) del pensamiento hablado, es decir, que no podemos prescindir de las categorías de la gramática usual (14). ¿En qué pue-

(13) «Gramática descriptiva» es un nombre que no puede satisfacer (y que empleamos a falta de otro mejor). Comp. *Actes du premier Congrès de linguistes*, pg. 48.

(14) El problema apasiona hoy a los investigadores, pero no ha tenido solución. La pregunta siguiente fué propuesta al primer congreso de lingüistas de La Haya: «¿Cuáles son los métodos más apropiados para una exposición completa y práctica de la Gramática de una lengua cualquiera?» A esta pregunta, contestaron, por una parte, los

de, pues, cuajar una enseñanza superior de lingüística española descriptiva? Se podría creer que consistiera en llegar a un extremo casuismo. Mas, en verdad, de él no restaría más que una abrumadora cargazón memorística, que debe, claro está, quedar ausente de todos los estudios, pero en especial de los superiores. Partiendo del concepto de lengua, de Saussure, distinguiré dos temas: uno, la caracterización interna de las relaciones del sistema; otro, la delimitación externa del sistema mismo. En el primero, el central y verdadero objeto de la lingüística, desgraciadamente nada, como he dicho, podemos ofrecer que sustituya por completo a la gramática tradicional. Lo universitario consiste en presentar, junto a esos cuadros formales, toda su problemática, sobre el fondo de la lingüística general y de las investigaciones actuales, planteando y discutiendo problemas como los de *La Oración y sus partes* (15), de Lenz, o del *Essai sur la structure logique de la phrase* (16), de Sechehaye; las investigaciones sobre la Sintaxis, de Bühler (16 bis), etc. Y además, añadir los más importantes aspectos que en nuestras gramáticas suelen faltar, como, ante todo, la fonética de que ya hemos hablado, y la semántica (no la semántica histórica,

representantes de la tendencia fonológica, y de otra, los discípulos ginebrinos de Saussure (*Actes* citados, págs. 33-53). Ambas tesis fueron fundidas en las siguientes proposiciones: 1ª La exposición completa y práctica de una lengua cualquiera no puede fundarse esencialmente más que sobre el método estático. Este consiste en analizar las piezas del sistema lingüístico y describir las relaciones recíprocas de las mismas. 2ª Tal estudio abraza, no sólo la lexicología, la morfología y la sintaxis, sino también la caracterización del sistema fonológico (es decir, del repertorio de diferencias significativas entre las imágenes acústico-motrices, propio de la lengua de que se trate). 3ª La exposición de un sistema lingüístico debe tener en cuenta el principio de que los hechos lingüísticos se clasifican natural y simultáneamente en series de asociaciones mentales y en agrupaciones realizadas en la línea del discurso. 4ª Una buena exposición de sintaxis sería la que descubriera las complicaciones progresivas de la frase normal más elemental, compuesta de un sujeto simple y un predicado simple. Este orden permite registrar todas las relaciones sintagmáticas y asociativas. 5ª La historia de la lengua... no debe confinarse al estudio de los cambios aislados, sino tratar de considerarlos en función del sistema que los experimenta. 6ª Para llegar a este ideal es necesario precisar las leyes generales de los sistemas lingüísticos, mediante comparación, entre tantas lenguas como sea posible, consideradas, no desde el punto de vista genético, sino desde el punto de vista de su estructura. (*Actes* citados, págs. 85-86). Fácil es reconocer en las proposiciones 1ª y 3ª, la doctrina de Saussure; en la 2ª y 5ª, las ideas fonológicas. Respecto a la 4ª y la 6ª, recogen puntos de vista de Sechehaye y Mathesius, respectivamente. Estas seis proposiciones señalan una meta de la aspiración actual hacia lo que puede ser el estudio descriptivo de una lengua.

(15) 1ª ed. Madrid, 1920; 2ª, Madrid, 1925; interesante siempre, aunque habría que revisar en gran parte su base psicológica.

(16) París, 1926.

(16 bis) Una exposición breve en su artículo *Vom Wesen der Syntax ein Idealistische Neuphilologie. Festschrift für Karl Vossler*, Heidelberg, 1922, págs. 54 y sigs.

que habrá de estudiarse aparte, sino la descriptiva) (17). Se puede aún enriquecer la enseñanza con la caracterización y delimitación externa del sistema de la lengua española. Entran aquí subtemas, como los siguientes: a) Vigencia geográfica del sistema (extensión geográfica del español). b) Subtipos del mismo: α , en sentido espacial (español de España; español de América, sus problemas, su variedad, su unidad —capítulo de enorme importancia—; judeo-español); β , en sentido vertical (lenguaje correcto; vulgarismo; lenguaje vulgar de las capitales; problemas de convivencia del español en las regiones bilingües; lenguajes profesionales y científicos; jergas y argots; etc.); c) Caracterización comparativa del sistema —comparativa de estados actuales, es decir, sincrónica— (frente a sistemas afines: comparación con dialectos hispánicos o lenguas románicas; frente a sistemas más alejados: con lenguas germánicas, etc.) (18). A estos temas podrían agregarse otros muchos. Bastan los indicados para mostrar cómo el complejo fenómeno que es el lenguaje, ha de ser presentado complejamente al estudiante, cómo ofreciéndole en rápida sucesión las más variadas perspectivas, es posible suscitar en él el interés, que difícilmente nacerá si sólo le presentamos los cargados párrafos de Bello o de la Real Academia (19).

Han de pasar seguramente bastante años hasta que la enseñanza descriptiva de nuestra lengua pueda hacerse interesante en profundidad y en extensión. No es atraso nuestro, sino general. Pero eso no llegará a ser, si no tenemos desde hoy un propósito firme, que lleve a realizaciones en la línea de la investigación y, aunque modestamente, en la de la enseñanza (19 bis).

(17) Aquí habría que estudiar estáticamente los cambios de significado en función o no de los morfológicos, es decir, en primer término, todos los fenómenos de polisemia, originados o no por la flexión. El estudio de los significados de los tiempos del verbo, ya magistralmente hecho por Bello y perfeccionado por Lenz, puede ser modelo de resultados prácticos en este sentido.

(18) Son temas cuyo interés y posibilidades pedagógicas he comprobado durante muchos años de enseñanza a extranjeros. Véanse los resultados obtenidos para la comparación entre el francés y el alemán en la admirable obra de Bally, *Linguistique générale et linguistique française*, París. Claro está que muchos de estos aspectos, que he considerado externos al sistema, en realidad no lo son. Por ejemplo, la comparación «sincrónica» entre dos lenguas enriquece grandemente nuestros puntos de vista para el conocimiento de la relación de valores dentro de cada una de ellas.

(19) La gramática de Bello representa, para su época, un gran avance, todavía no superado; últimamente, la R. Academia ha introducido mejoras en su texto.

(19 bis) El origen, tardío desarrollo, problemas y posibilidades de la lingüística estática o sincrónica, en comparación con la histórica, han sido expuestos así, con claridad y concisión, por Mathesius: «A partir del comienzo del siglo XIX se puede com-

VOSSLER Y LA FILOLOGIA IDEALISTA

Nuevos problemas de índole práctica nos plantea la posición de Vossler y de sus discípulos. No es necesario detenernos aquí mucho en la conocida teoría de Croce —en que se basa Vossler—, que lleva a la confusión entre «estética» y «lingüística general». Sí conviene señalar que su punto de vista es casi contradictorio del de Saussure; éste no admite como objeto de la lingüística el «habla» y sí sólo la «lengua». Para aquél «las lenguas no tienen realidad, sino en las proposiciones habladas o escritas» (20). Es decir, para Croce no tiene realidad más que el «habla». Saussure no cree que el lenguaje pueda ser objeto de la ciencia, sino en su aspecto social; Croce no considera objeto lingüístico más que el aspecto individual. Dentro de la teoría de Croce, si lingüística y estética son una misma cosa, todo hecho idiomático será un hecho estético, y no existirá diferencia cualitativa entre una frase trivial y un gran poema, ni entre la historia de la literatura y la de la lengua (21). Vossler desarrolló genialmente estas ideas dentro del terreno aplicado, y en especial, por lo que se refiere a las relaciones entre lengua y literatura, en un famoso artículo (22). Yo creo la posición de Croce fundamentalmente falsa (lo mismo por su no consi-

probar la existencia de dos corrientes paralelas en las investigaciones lingüísticas. La una, que se puede designar con el nombre de Franz Bopp, es la lingüística histórica, que emplea el método comparativo para la solución de los problemas genéticos y llega, en fin, a los métodos rigurosos de los neogramáticos. La otra, designada con el nombre de Guillermo de Humboldt, se ocupa de problemas estáticos y emplea el método comparativo, para llegar a un análisis más profundo de los hechos lingüísticos. Las dos corrientes tienen sus méritos propios y sus peculiares puntos débiles. Si la lingüística boppiana se distingue por sus métodos precisos, muestra a menudo una tendencia fatal a aislar los hechos lingüísticos, que no pueden ser comprendidos, sino en su complejidad natural. Si la lingüística humboldtiana se distingue por una apreciación más fina de los hechos complicados de la lengua y una conciencia más viva de su interdependencia eicrónica, no logra, en cambio, elaborar métodos de análisis definitivos. Lo que debe dar a la lingüística funcional y estructural, que procede de las ideas de Saussure, en el Oeste, y de Badouin de Courtenay, en el Este, su lugar en el desarrollo general de la lingüística, es la posibilidad que le es propia de reunir el rigor metodológico de la escuela boppiana con la frescura intuitiva y la noción de la interdependencia de los hechos gramaticales de la escuela humboldtiana.» (*Actes du deuxième Congrès International de Linguistes*, París, 1933, págs. 145-46.) Varios de los intentos modernos para llegar a una lingüística estática se ponen dentro de la descendencia de las ideas de Humboldt. Así lo hace la escuela fonológica, que considera al gran eslavista Baudouin de Courtenay como su antecedente inmediato.

(20) *Estetica come scienza dell'espressione e linguistica generale*, quinta edición Bari, 1922, pág. 160.

(21) «Fuera de la *Estética*, que da el conocimiento de la naturaleza del lenguaje, y de la *Gramática empírica*, que es un expediente pedagógico, no queda sino la *Historia de las lenguas* en su realidad viviente, es decir, la historia de los productos literarios concretos, sustancialmente idéntica con la *historia de la literatura*». (*Ibid.*, pg. 162).

(22) Que lamento no tener a mano.

derar los elementos intelectivos en el lenguaje que por su no apreciación de la «lengua» como hecho social). Pero bases falsas pueden ser fecundas (caso de Colón, etc.). Y para medir éstas, bastaría mirar a los portentosos resultados de la obra de Vossler y de sus discípulos.

En el terreno práctico, el problema que se nos plantea es el de la interdependencia o separación de los estudios de lengua y de literatura, en el doble aspecto de las personas docentes y las discentes. Las inteligencias y las sensibilidades humanas se inclinan casi siempre de modo neto, o del lado científico o del artístico. No hay cuestión en los estudios de matemática, por ejemplo. Pero en los nuestros, el objeto de nuestros conocimientos está incómodamente a caballo entre ambas direcciones. Peor aún: la mayor parte de los estudiantes de Filosofía y Letras vienen a esta Facultad, en el caso mejor, por su vocación literaria; en otros, por su repugnancia hacia los métodos científicos. Quien ha pasado por la horrible experiencia de un Tribunal de oposiciones, sabe cómo la preparación de los opositores será tal vez suficiente del lado de la literatura, pero casi siempre deficientísima y a veces nula, del lado de la lingüística. En esos casos, la piedad suele sobreponerse. ¿Cómo cerrar las puertas a un muchacho de magnífica sensibilidad y conocimientos literarios? Pero nuestra responsabilidad es enorme, porque ese muchacho enseñará desde su Cátedra no sólo literatura, sino también lengua. Y las consecuencias nacionales son aterradoras. No hay nada más formativo que el conocimiento del propio idioma. La mayor falta de nuestra enseñanza en estos años de la primera mitad del siglo XX, reside precisamente, pienso, en su total fracaso en los estudios de lengua española. ¿Dónde está la solución? ¿Sería conveniente que los Catedráticos, en particular los de Instituto, especializados, enseñaran o sólo lengua o sólo literatura? Ganaríamos las ventajas de la especialización, pero enseñaríamos una doctrina gramatical desnutrida de savia, y probablemente una literatura reducida a datos eruditos de fechas y nombres y a vagas fórmulas valorativas. Creo que la solución (y aplíquese aquí toda la argumentación de Vossler) consiste, precisamente, en una unión verdadera entre ambas enseñanzas. Mejor dicho, tanto lingüística como literatura deben tener sus dos dominios propios, pero deben estar unidas por una zona de compenetración. La unión en nuestros cursos de «Lengua y literatura» no reside más que en la unidad personal del docente, que, por ejemplo, los días pares enseña

lengua, y los impares literatura. Estamos, pues manejando a oscuras un polo positivo y uno negativo, sin saber que si los aproximáramos saltaría un deslumbrante chorro de luz. Y ya, por ejemplo, no se despreciarían en los estudios de Gramática histórica, como cenicientas sin valor, los llamados «cultismos» (23), que constituyen, por lo menos, la mitad de nuestro léxico y su parte más impregnada de espíritu; y nuestros clásicos cesarían de ser, desde el punto de vista lingüístico, muertas «autoridades» (¡criterio normativo!). Penetraríamos en el misterio al par artístico y lingüístico de su creación, y al hacerlo así obtendríamos el máximo conocimiento idiomático. Porque, como dice Vossler (cito de memoria), cada escritor importante concentra o resume con multiplicada fuerza los rasgos distintivos de su lenguaje y su nación. Pero es la estilística, precisamente, lo que puede hacer que salte el arco voltaico.

LA ESTILÍSTICA

La estilística ha crecido frondosamente ante nuestros ojos. Cada investigador la entiende de un modo distinto, de un Bally (24) a un Winkler (25), de un Spitzer (26) a un Curtius (27). Las discusiones acerca de su naturaleza y sus fines no han contribuido mucho a aclarar su concepto. A primera vista, en ese nombre se reúnen dos tendencias: la una lingüística, la otra literaria. ¿Estamos, pues, jugando con un equívoco?

(23) Comp. D. Alonso, *La lengua poética de Góngora*, Madrid, 1935, págs. 32 y sigs.

(24) Definición: «La estilística estudia los hechos de expresión del lenguaje organizado desde el punto de vista de su contenido afectivo, es decir, la expresión de los hechos de sensibilidad por el lenguaje, y la acción de los hechos de lenguaje sobre la sensibilidad» (*Traité de Stylistique Française*, 2ª edición, I, pág. 16.).

(25) Para Winkler, la estilística estudia «los valores espirituales» en el idioma. Explica su idea echando mano del asendereado ejemplo saussuriano del ajedrez; el gramático es como el que estudia las normas del juego, las relaciones del sistema del ajedrez; el estilístico, el que estudia una partida viva, los afectos, deseos, maniobras de la misma. (*Grundlegung der Stilistik*, 1929, y *Die neuen Wege und Aufgaben der Stilistik* en *Die Neuerer Sprachen*, XXXIII, 1925, págs. 407 y sigs.).

(26) Spitzer, en sus *Stilstudien*, Munich, 1928, ha diferenciado en dos tomos el estudio de «la huella de determinadas posiciones espirituales en las particularidades del lenguaje común», de un lado, y de otro, «el estudio de los sistemas de expresión creados por espíritus escogidos en su habla individual» (otra cit. Vorrede). El tomo 2º lleva un significativo lema de nuestro Unamuno: «En las lenguas, como en los hombres, persigo la individualidad personal».

(27) Curtius, en sus muy interesantes trabajos para la creación de una «Tópica histórica», descarta la posibilidad de considerarlos objeto de la estilística (*Zur literarästhetik des Mittelalters*, en *Zeitschrift für romanische Philologie*, LVIII, pág. 140.). Allí mismo deja fuera del terreno de la Estilística las investigaciones del estilo en las obras literarias («Stilforschungen»).

Yo creo, no obstante, que por un soterraño designio todas estas rutas están confluyendo oscuramente —y aun a veces contra la voluntad de sus propios obreros— a un único fin mediato. Y la vaguedad de los límites y la diversidad de los esfuerzos, no hace sino enriquecer el campo, que, tal vez dentro de poco, podrá verse unitario, desde un punto central de irradiación de perspectivas. Para mí, estilística, es el estudio de todo lo que es expresivo, lo mismo en el lenguaje artístico que en el usual. Y no debe limitarse al punto de vista creativo, individual, del «habla» (como es en la tendencia que procede de Vossler) ni menos al punto de vista receptivo, social, de la «lengua» (como en los epígonos de Saussure, ante todo en Bally) (28). Ambos aspectos interesan igualmente: antes de fraguarse una fórmula sintáctica ha habido una creación estilística, pero la fórmula de uso general nos interesa también en cuanto característica de los medios y las posibilidades de expresión de una «lengua» determinada. Claro está que, desde este punto de vista, los tópicos no pueden ser ajenos al estudio estilístico; más aún, creo que, con nuevos fines, la estilística debe recoger gran parte de los cuadros y contenidos de la retórica tradicional (29). Ni debe limitarse al estudio de lo afectivo en el lenguaje. Lo afectivo y lo intelectual no pueden separarse; ambos elementos impregnan profundamente nuestra habla (y nuestro pensamiento) y no pueden existir separados. Lo intelectual deja su huella expresiva lo mismo que lo afectivo (30). El objeto de la estilística puede, por tanto, ser lo

(28) En su citado *Traité de Stylistique française*.

(29) Claro está que no creo en la posibilidad de distinguir en el terreno de principios, una estilística «lingüística» y otra «literaria», aunque en la práctica cada investigador tienda hacia una u otra dirección. Por lo que respecta a la «retórica» de Curtius, tan interesante como el señalar la persistencia de sus tópicos, ver como cada época, cada lengua, cada autor, le da un matiz expresivo determinado, provecha para determinado efecto los medios idiomáticos de su lugar y su tiempo. Es decir, señalar lo que matiza en cada punto del desarrollo, la continuidad tópica. O sea, creo, pueden obtenerse resultados lo mismo en sentido lingüístico que literario. Ahora bien, esto es lo que he querido hacer siempre en mis trabajos gongorinos.

(30) Volviendo al ejemplo del ajedrez usado por Winkler, está claro que en el hecho vivo de la partida intervienen lo mismo elementos intelectivos que afectivos. En lo expresivo idiomático participan lo mismo unos que otros, sin que sea posible, más que desde un punto de vista teórico, el separarlos. Sechehaye ve claramente esto, pero impedido por su punto de vista de la «lengua», no saca las consecuencias inmediatas. He aquí sus palabras: «... hay que confesar que es difícil separar los valores expresivos de una lengua en dos grupos: los que serían propiamente intelectuales y de los que se ocuparían los manuales de sintaxis o los diccionarios, y los otros que pertenecerían a la estilística. El edificio de una lengua es un vasto enmarañamiento, en el que los factores más diversos se mezclan y se confunden de tal modo que forman un bloque inseparable. La diferencia real entre estos dos órdenes de investigaciones (gramaticales y estilísticas) nos parece ser, sobre todo, de carácter práctico. Mientras que la estilística trabaja en

mismo el lenguaje de un individuo que el de una región, un medio social o un país; lo mismo el de un creador que el de una época literaria, que el de una literatura nacional. La estilística, en mi concepto, limita por un lado con la gramática y, por otro, con la ciencia de la literatura. La gramática estudia las piezas o miembros de la lengua o desarmadas (fonética, morfología) o armadas (sintaxis), pero siempre en potencia de actuar. La estilística considera la utilización de esas piezas o miembros en la vida real de ese mecanismo o ser (el lenguaje), que nunca funciona del mismo modo (aspecto individual), que funciona eximamente en determinados casos (aspecto literario), pero siempre dentro de ciertos cauces (posibilidades de expresión: aspecto social), cauces que no coinciden en dos diferentes mecanismos (en diferentes idiomas: aspecto nacional). Es la variedad vital (de expresión lógica y afectiva) en el idioma, el objeto propio de la estilística. Cuando en esta variedad miramos a hablantes excepcionales (clásicos), estamos en los límites de la crítica literaria. Cuando vemos cómo las distintas individualidades expresivas vienen a formar una banda o zona (aspecto social y nacional), estamos al lado del campo de la gramática descriptiva de una lengua. La estilística es, pues, de un lado una animadora o vivificadora de la gramática; de otro, el único instrumento que puede dar precisión y una base científica a la crítica literaria. El método estilístico se ha de basar —imprescindible punto de partida— en la intuición, y ha de llevarse a cabo por el análisis. Tal vez sea lo más característico de este análisis su carácter microscópico, de extraordinaria minucia, nunca satisfecho, implacable. Esta minuciosidad trae consigo una consecuencia: el investigador sólo puede analizar unas muestras, que deberán haber sido tomadas en puntos vitales. La selección de estos puntos forma gran parte de la intuición previa. Sobre esas muestras habrá que inducir las características del conjunto.

Tendrá que pasar bastante tiempo antes que los resultados de la esti-

profundidad, y, después de haber establecido los principios y los métodos, nos invita a penetrar en los *dédalos infinitos* y los *misterios más íntimos* de cualquier idioma, la gramática (que trabaja más en la superficie y trata de describir en su totalidad una lengua particular) no puede proporcionar más que una imagen simplificada de ella y reducida a los elementos *más esenciales*, que son, naturalmente, en primera línea, pero no de un modo exclusivo, los *lógicos*» (*Indogermanische Forschungen*, XLIV, 1927, páginas 228-229). Bien se ve que no excluye de su gramática los elementos afectivos, ni hay razón para excluir, de la estilística, los *lógicos*. Es decir, para usar sus palabras, la diferenciación «*lógicos-afectivos*» no se corresponde en sentido con la diferenciación «*superficie-profundidad*». Cada una de estas cuatro nociones (divididas en dos parejas) puede relacionarse con cualquiera de los dos términos de la otra pareja.

lística tengan una aplicación independiente en la enseñanza. No deja de haber ensayos en este sentido. Y ya sería hora de que tuviéramos algo semejante al *Traité de stylistique française*, de Bally, libro escrito con intención pedagógica, cuyo segundo volumen está compuesto exclusivamente de ejercicios prácticos. Pero si no hay posibilidad, por hoy, de un puro empleo de métodos estilísticos en las enseñanzas del Instituto y de la Universidad, sí es posible impregnarlas de interés estilístico: he aquí un modo de vivificar las clases gramaticales, las de léxico y más aún las de sintaxis; y de evitar que sean horas muertas y aburridas las dedicadas a «comentario de textos». Para conseguir este resultado es necesario interesar en la universidad, lo mismo al cuerpo docente que a los alumnos, en los problemas estilísticos; fomentar la investigación en este sentido; tantear modestamente sus posibilidades pedagógicas. En la estilística está precisamente el puente que puede unir las dos riberas de los estudios de Letras. Ella nos serviría para interesar a los alumnos con dotes artísticas, intuitivas, en los problemas lingüísticos, y para animar las enseñanzas gramaticales y evitar la producción de objetivos filólogos a palo seco.

LA ESCUELA DE MENENDEZ PIDAL

He hablado hasta ahora en especial de temas y puntos de vista alejados de la perspectiva histórica, y lo he hecho de este modo por haber sido especialmente desatendidos desde hace un siglo, y porque su incorporación a los estudios lingüísticos es hoy una necesidad llena de problemática, sí, pero universalmente sentida, que «está en el aire». Sin embargo, nada más lejos de mi intención que aconsejar el abandono del punto de vista histórico y de los métodos positivos. Hay que insistir en esto y expresar el pensamiento con toda claridad, porque hay siempre peligro de que las palabras se interpreten mal, de desalentar a un joven y matar una vocación científica. Precisamente nuestra escuela filológica, presidida por el genio de Menéndez Pidal, ha alcanzado universal renombre; es éste uno de los campos en donde España ha exportado ciencia y producido rebrotes en el extranjero, por medio de libros y publicaciones, y también por injertos personales. Es necesaria la continuación de esta tradición científica, y que los jóvenes españoles aprendan la lección de entrega a una vocación, de riguroso método, exactitud y honradez investigadora, que es toda la vida de Menéndez Pidal. En esta misma obra podrían aprender cómo los mé-

todos positivos son adaptables a nuevas posiciones científicas: así Menéndez Pidal, que comienza, en suma, con los procedimientos de los neogramáticos, enriquece constantemente su técnica y su visión; él ve las posibilidades del método geográfico, y uniendo la perspectiva histórica y la geográfica, es capaz de escribir esos *Orígenes del Español*, que honran a nuestra patria; él comprende en seguida que la técnica de la geografía lingüística es adaptable a las investigaciones de folklore, y con sus estudios sobre «geografía folklórica» abre los caminos de un nuevo método, y no dejándose llevar de un fácil eclecticismo, sino atento a la complejidad misma de los hechos lingüísticos, concilia en una fórmula superior la noción de la ley fonética y de la historia particular de cada palabra; y, junto con ello, explica de un modo racional y basado en concretos datos, la enorme lentitud de la distribución homogénea de un cambio fonético. Es decir, Menéndez Pidal trae importantísimos puntos de vista nuevos, al estudio científico del idioma. Más aún, en él, se ejemplariza cuán útil puede ser la unión de los estudios de lengua y de literatura. Habría que juntar sus otros trabajos sobre poesía tradicional, sobre crónicas y cantares de gesta, sobre canciones y romances, sus ediciones y estudios de textos (*Poema del Cid, Roncesvalles, Elena y María...*); en fin, su reconstrucción de la *España del Cid*. Tantos caminos afortunados abiertos en el bloque, al fin se entrecruzan y se unen: Menéndez Pidal es el reconstructor de una Edad Media española, hallada e intuída. Y su obra adquiere caracteres de monumental y magnífica unidad.

En todos estos sentidos hay que continuar la obra de Menéndez Pidal. Afortunadamente, ésta no se ha producido sólo por las geniales dotes de su autor, sino también por la laboriosa y constante aplicación de un método. Este método, por lo menos, es instrumento que, inmediatamente, de su magisterio podemos recibir. Este debe pasar a los jóvenes españoles y no ser abandonado nunca.

CONCLUSION

Llegamos al final de un largo camino y ya es hora de exponer nuestras conclusiones.

El lenguaje debe ser considerado en su complejidad real. Todas las teorías, por lo común, tratan de explicarlo de un modo simplista. Pero los hechos de cultura son complejísimos. Estudiaremos el lenguaje, pues. lo

mismo en sentido sincrónico que en diacrónico, la mismo como creación individual que como concreción social, a la par como instrumento común y como obra de arte, con intención gramatical o con propósito estilístico. No nos podemos adscribir a los postulados teóricos de ninguna escuela moderna, pero hemos de aprovechar las numerosas lecciones prácticas que, directa o indirectamente, nos ofrecen. Pueden resumirse en dos sentidos: 1º necesidad de la conservación y continuación de la perspectiva histórica y de los métodos positivos (ampliados con los de la geografía lingüística, etc.); 2º necesidad inaplazable de la instauración de una lingüística descriptiva y —parte suya— una estilística: para llegar a ellas (en sentido pedagógico) serán necesarios ensayos, investigaciones y tanteos; el fondo problemático es aún muy denso. Pero es ya necesario, en la enseñanza superior, la presentación al alumno de esta problemática.

Estas conclusiones se refieren, pues, a la Universidad. Su esfera directa de influencia llega, sin embargo, al Instituto. Pero la proyección elemental de la segunda conclusión (gramática descriptiva), a nadie beneficiará más y mejor que a la escuela. Investigación, universidad, segunda enseñanza y escuela, no son entes distintos, sino partes de un organismo. No hay triaca particularista para la educación nacional: basta ya de fórmulas a base de universidad, o a base de escuela. El mejoramiento de nuestra educación exige el mejoramiento contemporáneo y conjunto de todos sus miembros. «Investigación-universidad-segunda enseñanza-escuela», es una serie articulada, que se nutre con un movimiento lineal de ida y vuelta: herid o mejorad cualquiera de sus miembros, y habéis herido o mejorado el conjunto; pero no salvaréis el todo, sino salvando todas y cada una de sus partes. Y esto, que vale para la enseñanza en general, es en especial válido en aquellas materias que han de tener un desarrollo cíclico entre escuela y Universidad; tiene, pues, un ejemplo quintaesenciado en el progresivo conocimiento de un fenómeno tan humano, tan unido a la entraña de nuestra vida y al mismo desarrollo evolutivo de ella, como es el del lenguaje.

DÁMASO ALONSO

